

Julio Picasso Muñoz

(Ica, 1939-Lima, † 2015)

*P. Donato Jiménez Sanz, O.A.R.**

Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima
 jisanz01@hotmail.com

Resumen: El reciente fallecimiento del humanista Julio Picasso Muñoz ha conmocionado por igual a familiares, amigos, colegas y numerosos alumnos. No obstante, las muestras de afecto continúan y siguen dando pistas de su entrañable personalidad. En esta ocasión, la amistad prolongada por tres décadas es la base para las páginas que ha dedicado el P. Donato Jiménez Sanz, O.A.R. Más que una extensión de su congoja, producida por la pérdida, este texto es la celebración de una gran amistad, el recuerdo de largas jornadas de trabajo y oración, las expectativas en su labor como académico y traductor de autores clásicos —considerados por Julio y el P. Donato como “sus amigos”—, así como la esperanza propia de un católico en torno al encuentro con Dios. De igual modo, este texto puede considerarse una invitación a compartir y refugiarse con frecuencia en los clásicos que siempre nos esperan con su bondadosa sabiduría.

Palabras clave: Humanidades, fe, estudios clásicos, traducción, filología, docencia.

Julio Picasso Muñoz (Ica, 1939-Lima, † 2015)

Abstract: The recent death of humanist Julio Picasso Muñoz has left speechless family, friends, colleagues and numerous students. However, displays of affection continue and keep giving clues about his endearing personality. In this occasion, the long three-decade friendship is the base for the pages that P. Donato Jiménez Sanz, O.A.R has dedicated to him. More than an extension of his grief, produced by the loss, this text is a celebration. The celebration of a great friendship, the remembrance of long days of work and praying, the expectations on his work as an academic and translator of classic authors —considered by Julio and P. Donato as “their friends”—, just like the

* **P. Donato Jiménez Sanz, O.A.R.** desde hace 30 años es profesor de Filosofía, Teología y Lenguas Clásicas en la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima. En el VIII Congreso Eucarístico Nacional, con motivo del Año Santo 2000, compuso la letra del himno titulado “Pan de vida, pan de fe”. En el 2015, participó en la conferencia “A los 750 años del nacimiento de Dante Alighieri: Homenaje a Julio Picasso, traductor e investigador del poeta florentino”. Este evento se llevó a cabo en la 20.^a Feria Internacional del Libro de Lima.

hope of a catholic man about the encounter with God. Anyhow, this text can be considered an invitation to share and find shelter on the classics that always wait for us in their kind wisdom.

Keywords: Human sciences, faith, classic studies, translation, philology, teaching.

1. Profesor, Humanista, Traductor

Ha transcurrido el año del fallecimiento del profesor y traductor Julio Picasso Muñoz. El Señor nos tiene dicho: “*Ego sum Via et Veritas et Vita*” (Jn. 14, 6). Y san Agustín recuerda que Cristo, el mismo que es el Camino, es también la Meta. Julio, a lo largo de sus 75 años cumplidos, hizo ya el recorrido de la Vía temporal y, como lo enseña nuestra fe y lo afirma nuestra esperanza, —pues creyó y esperó en Él— al llegar, se habrá encontrado ya con el “*splendor gloriae*” (Hb. 1, 3), con el esplendor total de la Verdad y de la Belleza, y con la plenitud de la Vida en la Persona de Jesucristo. Que no fue otro el motivo de su Encarnación: “*Ego veni ut vitam habeant et abundantius [perissón —que excede todo número y medida—], habeant*” (Jn. 10, 10).

En los tres meses de su enfermedad lo visitamos asiduamente y le administramos dos veces el sacramento de la Santa Unción. Con frecuencia, al despedirnos, le rezábamos algunas oraciones; a veces, con la propia enfermera que lo cuidaba. Puedo decir que, a lo largo de estos últimos años, he visto a Julio crecer en la fe e intensificar su práctica religiosa. R.I.P. *Requiescat in pace.*

2. Educación y Disciplina

De memoria e inteligencia privilegiadas. Ingeniero agrónomo, título que no quiso lucir mucho, ni menos ejercer demasiado. Era, sobre todo, excelente profesor. Son no pocos los alumnos que le han demostrado su sincero agradecimiento. Su formación religiosa e intelectual y sus estudios eran eminentemente el abanico apasionante de las Humanidades, materias que en las décadas previas al Concilio Vaticano II —los años buenos de los estudios humanísticos, *O tempora, o mores!*— se estudiaban ampliamente en todos los seminarios y en el bachillerato de los colegios, especialmente religiosos. Y la anterior interjección ciceroniana no es mera nostalgia, sino dolencia de una hipognosis declarada

que se manifiesta en la carencia de la debida comprensión intelectual y la alarmante pobreza de la expresión lingüística. No digamos, literaria.

De esta decisiva etapa formativa le venía su preparación y afición a las lenguas clásicas y que ya no abandonará en su vida. Julio estudió el bachillerato, y con aprovechamiento superior, en el Colegio de los PP. Salesianos de Lima, a cuyos sacerdotes estaba profundamente agradecido porque se sabía formado por ellos, y a quienes aludía y citaba con cariño a cada momento: “ellos me formaron”, decía. Que ya el gran Alejandro —valga la evocación— con sentimiento parigual, repetía con sano orgullo esta frase: “A mi padre Filipo le debo el vivir; a mi maestro Aristóteles el vivir bien”.

A pesar de haber discurrido nuestra formación humanística y filosófica a miles de kilómetros de distancia, muchas veces hemos comentado que parecía que hubiésemos estudiado pupitre con pupitre y codo a codo, en el mismo colegio. Tal era la coincidencia de contenidos y la afinidad de método. Podían variar los autores del texto, pero encontrábamos la misma claridad expositiva, el parejo rigor gramatical, la sucesión ordenada de conceptos en filosofía, las mismas definiciones, muchas de ellas —y digo muchas— en latín, por supuesto: la forma cuasimágica de no olvidarlas nunca. Hasta los refranes, ya en latín ya en el español nuestro, afloraban con espontaneidad escolar. Que, para que a su tiempo maduren los frutos, el joven ha de sembrar y edrar, o lo que es lo mismo, debe aprender *arte et Marte* (‘con afición y gusto’), pero con esfuerzo siempre.

He comentado muchas veces, tanto con los amigos de él como con los míos (no pocos, comunes a ambos, —“que solo con amigos trabajo” — solía decir Julio), que a lo largo de 30 años, hemos llenado, prácticamente, la sosegada mañana de cada sábado, y en temporadas, dos veces por semana. Él y yo tratábamos no solo del amplio abanico de nuestras aficiones clásicas y culturales, sino que reemprendíamos el acrecentamiento y profundización de ellas. No solo ese *studium* o dedicación, no era pesado para nosotros, sino que eran las horas del ocio fructífero de nuestra semana. El *otium* de los latinos, la *sjolé* de los griegos, constituían, además, el verdadero *otium* que acrecía y recreaba nuestro espíritu. Nos proporcionaba el gozo del reencuentro con los mejores aciertos y las más logradas realizaciones de la belleza que, en sus múltiples y legítimas expresiones, ha sabido plasmar el espíritu humano. Desde su sabia experiencia, escribió Cicerón, “*omnia praeclara, rara*” (‘las cosas excelentes son muy escasas’). Y nosotros las teníamos a mano en la valiosa biblioteca del profesor Julio.

En nuestros repasos hemos disfrutado volviendo a gustar la sapiente, rigurosa y clarísima exposición del método escolástico, denostado a veces en escritos, tan irresponsablemente. El tal método escolástico expone y va desmenuzando las así llamadas *Notiones*, o lo que es lo mismo, gradualmente da a conocer al estudiante la definición, el sentido y el alcance precisos de las palabras y de las ideas que se quieren exponer y desarrollar en cada tesis afirmada o hipótesis planteada. Y el *Status quaestionis* delimitaba con toda precisión, como con meridianos y paralelos, el tema de estudio. Método invaluable que, si bien requería su oportuna actualización, no se debiera haber abandonado. Si queremos enseñar de verdad, su sabia pedagogía es insustituible.

Hoy —lo diré en general, pero directa y crudamente—, muchos de nuestros alumnos, no tienen noción de lo que deberían ser las nociones de la materia que estudian. Y en esto, hay más deficiencia de autores de los textos que carencias de los estudiantes, pues estos no deben toparse con jerigonzas ni fárrago, sino con orden o método, precisión y claridad: la que exigía Ortega como elemental cortesía del filósofo. Y hace casi 24 siglos, que la clarividencia de Aristóteles asentó este inequívoco criterio: que la diferencia entre el que sabe y el que no sabe, es el saber enseñar “*to dýnaszai didáskein*” (*Metafísica*, A 1).

Y así, sin darnos cuenta, nos veíamos sobre la mesa de estudio con 5 o 6 libros abiertos de su selecta biblioteca. Allí, en nuestro pequeño Parnaso y en *symposium* privilegiado, se encontraban de pronto, como contemporáneos y amigos de toda la vida, lo mismo Homero con Virgilio, que Horacio con Fray Luis. Y entusiasmados acudíamos a la Academia de Platón o pasábamos al Liceo de Aristóteles a oír a nuestros griegos perennes y universales...Y el Arcipreste con Dante, *La cristiada*, de Fray Diego, con el poema *A Roosevelt*, de Rubén Darío... Y los gigantes renacentistas, Leonardo, Miguel Ángel...Que Cornificio, el retórico, nos susurraba que un poema bello era una pintura con palabras, y una bella pintura, un poema de colores. Y nuestros recreos sabían a delicia con los barrocos Mozart, Bach... Que, como nos enseña Platón, para los cuerpos la gimnasia, para el alma la música, y con la filosofía lograr la avenencia de carácter para uno mismo y para con los demás (*La República* III, 376d, pp. 87-88).

Tampoco faltaba nuestro particular solaz con los monjes de Solesmes o de Silos, *Liber Usualis* en mano. Que, al fin, la verdadera “música humana” será crear en nosotros la unión armónica del alma con el cuerpo. Así sanaba Saúl de sus delirios, al oír el arpa “suavemente acordada” (I Sam. 16, 17-22) de David. Como lo había enseñado san Agustín: “*formar mentes et corda*” (‘educar mentes y corazones’) (*De doctrina christiana* 4, 24,

53). Como será requisito para Boecio. Así, la colección de discos de Julio no era menos importante que su biblioteca. Y, por supuesto, ahí estaba firme y fiel, además de los otros, el *Diccionario del uso del español*, de María Moliner, desde que hace unos años, su sobrina Maritza, se lo regaló para su santo.

3. Humanismo

Así tratábamos de poner en acto y actualidad la provechosa recomendación del gran Acapadocio san Basilio titulada *A los jóvenes sobre la manera de sacar provecho de la literatura griega*, opúsculo traducido también por Julio Picasso. Y en cuya introducción creyó interesante consignar:

No es poco mérito haber dejado a la posteridad un enfoque tan sensato sobre la cultura profana. Sus principios pueden todavía inspirarnos hoy, dada la lamentable carencia de estudios humanísticos en universidades y seminarios desde hace décadas. Nuestra historia como cristianos y como hombres, nuestra forma *mentis*, nuestra lengua, el mismo desarrollo de los dogmas no pueden entenderse a cabalidad sin un profundo conocimiento de la cultura grecorromana. (p. 130)

La misma santa Mónica, a pesar de los temores de desviación sobre su hijo Agustín, estaba convencida, y precisamente por su unción e intuición cristiana, de que los estudios literarios no le iban a perjudicar, sino que le servirían de ayuda, como así fue, para llegar a Dios: “*non solum nullo detrimento, sed etiam nonnullo adiutamento ad Te adipiscendum*” (*Confessiones* II, 3, 8). “Y yo que recordaba de memoria pasajes enteros de los grandes filósofos, eran mi punto de referencia frente a las farragosas invenciones de los maniqueos” (*Confessiones* V, 3, 3).

Los grandes valores de los griegos los englobaron los latinos —desde Cicerón con palabras como *humanitas* y *cultura*—; y ahí se comprendían las letras, las artes y los grandes ideales de verdad, bondad y belleza; se incluía también la *pietas*, con su cierto sentido de lo trascendente y lo divino (*De doctrina christiana* I, 12). De igual modo, san Agustín afirmó que *es necesario* estudiar Humanidades para ser más humano; es decir, para ser un hombre

digno en medio de los hombres (*De doctrina christiana* I, 12). Que filosofía, sintetizamos al Doctor Hiponense, no es enterarse de unos “ismos” que se suceden o se entierran unos a otros en la historia, sino profesar una actitud éticamente seria para hacer sabio, es decir, bueno al hombre para hacer más humana nuestra sociedad. El *kalós kai agazós*, ideal ya para los griegos.

En comparación, el titulismo o la titulitis son dos enfermedades que afectan gravemente a la incultura o subcultura de nuestro tiempo. El titulismo, con sufijo de sistema o fabricación en serie; y la titulitis, con sufijo de enfermedad, de *in-firmus*, o sea, no firme, inseguro mental, psicológico o social. Pues notamos que, hasta que muchos jóvenes no poseen el título de algo amparado bajo el paraguas léxico de “profesional”, se les ve como anémicos y sin caminos por dónde ir, porque aún no obtuvieron no sé qué título en no sé qué rama.

Me complace citar un párrafo de Albert Einstein, nada menos, y que le encuentro tanta vigencia humanística y cultural como por lo visto seguía teniéndola en el campo científico:

Es indispensable que el estudiante adquiera una comprensión de los valores y una profunda afinidad con ellos. Tiene que alcanzar un vigoroso sentimiento de lo bello y de lo moralmente bueno. De lo contrario, su especialización lo asemejarán más a un perro adiestrado que a una persona de desarrollo culto y equilibrado. Ha de aprender a intuir las motivaciones de los seres humanos, sus sufrimientos e ilusiones para conseguir una relación adecuada con su prójimo. La insistencia exagerada en el sistema competitivo y la especialización prematura, matan el espíritu en que se asienta toda la vida cultural, incluido el conocimiento especializado. (Einstein, *New York Times*, 5 de oct. 1952)

4. Amigos de los Clásicos

Al nobel Jacinto Benavente lo saludaba con simpatía cada mañana un honorable labriego. Cuando lo veía, azadilla en mano, inclinado sobre el huerto, le decía:

- ¿Qué, don Jacinto, trabajando?
- Distrayéndome, replicaba el laureado dramaturgo.

Y cuando lo veía atento a su lectura o sobre sus papeles, el buen campesino lo saludaba también:

— ¿Don Jacinto, distrayéndose?

— Trabajando.

De parecida manera combinaba Julio sus actividades. Incansable lector y estudioso. Cuando pasadas, muchas veces, las dos de la tarde, al ir a almorzar, (él a su mesón, yo a mi convento), antes de elegir uno de sus libros, previamente se hacía esta pregunta: “Hoy, ¿con quién almuerzo?”. Así, de manera tan personalizada, se refería al autor que se llevaba como variante y “distracción” para acompañarle casi como comensal.

Y con esos autores familiarizábamos de manera casi cordial. A Fernando Lázaro Carreter († 2004), maestro de la Lengua, profesor y, a través de sus textos, preceptor por casi cuatro décadas de generaciones de estudiantes y bachilleres, director de la Real Academia Española, columnista de “El dardo en la palabra”, le preguntaban algunas veces si había leído tal o cual novela. El maestro Lázaro Carreter conocía muy bien, sobre todo en sus últimos decenios, cómo andaba el ya indisimulado “negocio de la novela”. Desde esa atalaya y magisterio, don Fernando “no podía” decantarse demasiado abiertamente. Pero respondía con el aire sencillo y su pellizco de ironía —*intelligenti pauca*— del viejo sabio que está de vuelta: “Mis amigos son los clásicos”.

Lo que no se guardaba, eso sí, era la expresión de desencanto, precisamente, al volver de entregar en la redacción del periódico su *dardo* semanal, en el que con buen humor y chispa fina, trataba de corregir los vicios y clamorosos defectos de lenguaje, en particular, de tantos periodistas. No podía menos de alzar su voz de protesta, y se decía, casi como una execración: “¡Para qué escribiré yo!”.

Sí. “*Omnium horarum amici*” (‘amigos de todas las horas’), escribió Suetonio (*Vida de los doce césares*, p. 42). Esos eran nuestros amigos. Y con ellos celebrábamos nuestra humanística y amena tertulia. ¡Ánimo, don Fernando, que en alguna ocasión y en su honor, hemos celebrado la exacta puntería de su *dardo*, y hemos alzado una copa de jerez con un brindis al bien acreditado estilo latino por mor de nuestros clásicos: *Salutem plurimam!*

5. *Nulla Dies Sine Línea*

Julio no solo repetía frecuentemente este proverbio latino, sino que procuraba cumplirlo con perseverancia ejemplar. En los tiempos clásicos, y de la obra bien cuidada o trabajada con esmero, se decía *olet lucernam*, para indicar con ello que había sido elaborada en la paz de la noche cuya vigilia mantenía el aceite de la lámpara, pues se decía también que las Musas son amigas de la Aurora.

No fue este el caso de Julio. Su vida era ordenada. Puedo decir que el ritmo de su jornada era de disciplina casi monacal. Su carácter optimista y alegre lo mantuvo siempre en alto. Sé que el resultado de haber logrado cumplir sus compromisos de traducción ha sido el empeño cotidiano de escribir “cada día su línea”; es decir, aplicar el esfuerzo diario, y no dejarse llevar por la pereza, el desánimo o la circunstancia adversa. Otra vez nuestros clásicos: *Remis et aratro*. Esto, con sencilla metáfora, quiere decir: en tierra con el arado y en el mar con los remos.

6. *El Autor. Labor Et Opus*

Entre el público culto y en ambientes universitarios era bien conocido el profesor Julio Picasso. Humanista que cuidaba primorosamente sus artículos y traducciones, además de añadirles un interesante aparato pedagógico y cultural. Oficio bien llevado de maestro. Miembro del Instituto Riva-Agüero. Estancia en varios países (Francia, Italia), para ampliar y completar estudios. Miembro fundador de la Sociedad Peruana de Estudios Clásicos. Miembro también de la Dante Society of America (Universidad de Harvard). Agrónomo, y, por que nada falte, máster en Economía, aunque esto, así me parece, lo ejerció poco. Enseñó con solvencia, Matemáticas en la Universidad de Lima. En la Facultad de Teología Pontificia y Civil de Lima enseñó latín y griego. Por bastantes años en la Universidad Católica Sedes Sapientiae, de Lima. Y últimamente en la Facultad de Teología Redemptoris Mater, del Callao.

Ya desde hace años anda traducido su *Satiricón*, de Petronio (Madrid, Cátedra, 1984). En 1995 publicó una *Antología latina*, dirigida principalmente a los estudiantes de filosofía y teología. “No hay fragmento en esta antología [se escribió entonces] que no ofrezca interés filosófico, teológico, histórico, pastoral, hermenéutico o simplemente estético”.

En el año 2000, tradujo el *Laelius* o *De amicitia*, de Cicerón, de profundo valor humano y estético. En el año 2002, nos ofreció *Opuscula sacra*, o *Cinco Opúsculos Teológicos*, de Boecio, con una jugosa introducción que nos familiariza con los conceptos de sustancia, hipóstasis y persona, tratados por el filósofo. Estaba bien enterado de las exigencias del buen traductor y del aviso que ya a principios del S. XVI hacía Juan de Valdés en *Diálogo de la Lengua*: “Es grande la temeridad de los que se ponen a traducir de una lengua en otra sin ser muy diestros en la una y en la otra” (p. 145).

Especialmente con la Universidad Católica Sedes Sapientiae, mantuvo y llevó a cabo unos encargos sucesivos de traducir para su fondo editorial algunas obras clásicas. Tradujo la obra completa de Virgilio. Así, lo que fue anuncio de un proyecto en presentaciones anteriores, ha sido culminación de toda la obra del mantuano: *Bucólicas y Geórgicas* (2004) y la *Eneida* (2007). Seguidamente publicó *El maestro*, de santo Tomás de Aquino (2008); la edición doble de *Cómo el joven debe leer los poemas*, de Plutarco, y *A los jóvenes sobre la manera de sacar provecho de la literatura griega*, de san Basilio (2010); *Tratado de música*, de Boecio (2012); y *La naturaleza. De rerum natura*, de Lucrecio (2013). Todas estas obras llevan una introducción ilustrativa y ricamente anotadas por el propio Picasso. En la solapa de su libro sobre Boecio, aparece al final esta nota que suscribimos: “polímata y filólogo, Julio Picasso es un honroso exponente de las letras nacionales”.

Incluso, hace unos 12 años, se propuso estudiar en profundidad algunos aspectos del *Quijote*, con ocasión del IV Centenario (1605-2005) del Ingenioso Hidalgo. Para ello adquirió la edición, en varios tomos, más autorizada y mejor comentada. Una muestra de su indagación pudo apreciarse en una ponencia titulada “Cervantes y la traducción” que presentó el 2005 en el evento “Quijotes. Discursos, relecturas y tradiciones. Segundas Jornadas de Literatura Comparada”. Este se realizó en la Universidad Católica Sedes Sapientiae. Por desgracia, la dedicación a sus clases y a la labor de traducción no le permitió continuar con otros aportes sobre el tema.

El *officium* de su enseñanza en la universidad, lo combinaba perfectamente con el *studium* y el *scriptorium* de su casa. Algunos conocemos bien su biblioteca, rica y bien habitada. Cabe añadir que en estos tiempos de hiperinflación libresca —y aun de “ocupas”—, es mucho más importante la biblioteca selecta que una copiosa biblioteca.

Julio nos ha dejado abundante siembra en surco y a voleo como excelente profesor. Además, por sus traducciones ha puesto nuevos ante nuestros ojos los viejos libros de la sabiduría de siempre. Y una estela de buen humanista en que ha fructificado su esfuerzo.

Entre sus amistades, Julio tenía algún amigo miembro de la Academia Peruana de la Lengua. Varias veces, y en amables conversaciones con el académico, le pregunté entre bromas y veras, —más de veras que de bromas— por qué Julio no era miembro de la Academia o no era ya presentado para ser miembro de la Academia de la Lengua. Comprendí que la respuesta era comprometida o comprometedora y no era fácil o llano... respondérmela a mí.

Julio tenía muchos méritos para haber sido brillante académico: Lingüista, latinista, investigador, entendido en las lenguas clásicas, de las que dice el propio Valdés que son “lenguas necesarias”. Como traductor poseía conocimientos de hebreo, incluso, como autodidacta, hizo sus pinitos de estudio en el indoeuropeo. Asimismo, conocía ampliamente a los clásicos de la literatura española, amén de la literatura medieval. Y hablaba corrientemente italiano y francés.

7. Oración y Lección

A su modo, los latinos también deseaban en su epitafio, con algún sentido ultraterreno, que en el más allá no les pesara la tierra: S.T.T.L. *Sit tibi terra levis* ('Que la tierra te sea leve'). En otras ocasiones, empleaban la expresión *Molliter ossa cubent*. Y hasta les colocaban algunos víveres.¹

Con los familiares y algunos amigos de Julio, rezamos el responso en el velatorio de la parroquia de Nuestra Señora de Fátima: la oración de Fe y Esperanza cristianas con que la Iglesia despide y encomienda a la misericordia de Dios a los difuntos: R.I.P. *Requiescat in pace*. O con la sencilla y cristiana expresión de nuestro pueblo, y que no debemos dejar caer en desuso: “Salud para encomendarlo a Dios” y “Que en el cielo nos veamos”.

Como laurel por su obra, que eso quiere decir poema, y con agradecimiento sincero, vaya cumplido el soneto del argentino Luis Bernárdez (1900-1978):

¹ Aunque nacida de buen sentimiento, al fin, era una práctica del paganismo que contaminaba la fe cristiana. Y san Ambrosio, como luego san Agustín y su discípulo san Alipio, lograron prácticamente erradicar en sus diócesis esta costumbre que parecía imitar la superstición de las parentales (*Confessiones* VI, 2, 2). ¡Cuánto bien y progreso harían socialmente, religiosamente y culturalmente, si los amos de la tv, al menos el Día de los Difuntos, dejaran de lado esos espectáculos de contracultura y de subcultura tan soeces! ¡Dad a nuestro pueblo la expresión simple del sencillo cortejo familiar, la oración breve y legítima de la Iglesia, y el acompañamiento sereno del amigo fiel!

JULIO PICASSO MUÑOZ (ICA, 1939-LIMA, † 2015)

*Si para recobrar lo recobrado
debí perder primero lo perdido,
si para conseguir lo conseguido
tuve que soportar lo soportado;*

*si para andar aún enamorado
fue menester haber estado herido,
tengo por bien sufrido lo sufrido,
tengo por bien llorado lo llorado.*

*Porque después de todo he comprobado
que no se goza bien de lo gozado
sino después de haberlo padecido.*

*Porque después de todo he comprendido
que lo que el árbol tiene de florido
vive de lo que tiene sepultado.*